

Taenia saginata o el veneno en la red

Christian Ferrer

Christian Ferrer: sociólogo argentino, profesor de Filosofía de la Técnica en la Universidad de Buenos Aires.

Resumen:

El límite que se quiere imponer entre lo que debe ser aceptado como normal y lo que debe ser rechazado como patológico en una sociedad informatizada intenta remozar el modo binario: bueno y malo, conducta correcta y práctica pecaminosa. Pero a pesar de la novedad cultural que trae aparejada la extensión de las nuevas tecnologías de la información, la pugna por controlar los usos de las redes informáticas, la tipificación de delitos en un ámbito que les era extraño así como el intento de colocar el sambenito de «patología» a ciertas «comunidades informáticas» es, en verdad, un asunto muy antiguo.

El problema para los que en la actualidad imaginan y publicitan mundos perfectos no reside en que su plan urbano no sea trazable, sino en los ineludibles defectos de confección: la perspectiva torcida, la cloaca mal instalada, la «falla» de la tierra bajo los cimientos. Incluso en el paraíso había una serpiente y aún el mejor de los forjadores no puede garantizar una armadura inexpugnable. Piénsese en el mundo feliz que la euforia propagandística y la imaginación calenturienta extraen del útero de las nuevas tecnologías de la información. En la pirueta de simio que va de Adán al cyborg, el prototipo originario ahora se anuncia superado y el nuevo maniquí se reclama polen electrónico del futuro. Pero quien sabe deletrear el nombre de las palabras sabe también que nuevas palabras viejas denuncian el peso con que el pasado sigue presionando sobre nosotros.

En efecto, los recurrentes latinazgos que adornan las sentencias judiciales y que tanto fastidian al público ignora de hoy en día son, bien leídos, la testificación del linaje noble de picapleitos y jueces de raya: el latín concede a la retórica de las cortes judiciales tanto el aura melancólica de los oficios lingüísticos en vías de extinción como un léxico más propio de secta secreta que de expertos en sopesar gramajes en platillos. A veces, la lengua muerta de la que el derecho abusa revive en el habla popular: sea una fórmula que circula cómicamente (*dura lex*), sea

una palabra antigua aplicada a una novedosa práctica social: así ocurrió en los '80 con el latín *virus*, «veneno», esta vez en frasquito informático.

El delito y su doble

Pero un uso novedoso de una lengua muerta para casuística policial, que por ahora se encuentra dispersa y deficientemente tipificada, ya está anunciando un salto cualitativo en la evolución de la historia del derecho, es decir, del castigo. La policía ya ha dado ese salto al usar las redes informáticas con el honesto fin de hacer circular velozmente información incriminatoria; y la ciencia criminológica lo había dado en el siglo pasado con la invención de la huella dactilar. Pero ahora Lombroso escruta la fisonomía de nuestros teclados. En la yema de los dedos están las señas de la singularidad humana tanto como una cabeza de pincel transmite el estilo de un pintor. La quiromancia no se aplica sobre robots ni sobre programas.

El emplazamiento de cableados y de redes informáticas en toda la extensión del espacio urbano e internacional así como la imponente reorganización del mercado de comunicaciones mundial (fusión de empresas mediáticas e informáticas, posicionamientos estratégicos ante la desregulación de los mercados y de la «autopista informática», constante innovación de productos tecnológicos) supone un desplazamiento de capitales hacia nuevas fronteras. Con estos flujos también fluyen los amigos de lo ajeno, amparados en la deficiente codificación de las nuevas tierras descubiertas. También el saqueo del oro y la plata azteca e inca y su transporte a España había promovido el filibusterismo caribeño. Y la Isla de la Tortuga era entonces *terra incógnita* para las autoridades coloniales. Pero así como el vandalismo esporádico y el bergantín promovieron la plaza fuerte y el galeón, a la «bomba» informática que husmea archivos y hurta información le corresponde el programa antivirósico, y la policía especializada. La distancia entre las dos épocas no se debe medir por el calendario sino por la precipitación de las velocidades sociales, antes movilizadas por potencias orgánicas o eólicas y ahora por aceleradores de orden informático e incluso espacial. La tipología de los delitos informáticos cubre desde la copia ilegal de software al sabotaje, del acceso sin autorización al espionaje. A nadie se le escapa que a nuevos delitos corresponden no sólo novedosas tipificaciones sino también nuevas tramperas, jaulas y formaciones en las partidas de caza. Pero en última instancia se trata de la eterna pulseada: quien aprieta primero la tecla es quien gatilla más rápido.

La cámara de vigilancia y los programas informáticos de vigilancia bien podrían ser los moldes en los cuales se vacían ahora formas anteriores de control.

La notoria entente que se está forjando entre la televisión y la informática supone una alianza entre velocidades audiovisuales e informáticas, pero también entre hábitos de consumo propios de la cultura de masas con incesantes innovaciones tecnológicas, con metamorfosis en las costumbres urbanas, con el eruptivo prestigio social de la «información» y con la creación de *un campo unificado de atenciónabilidad para la vista*. Un «aire de familia» vincula la variedad de pantallas que reúnen nuestras experiencias laborales, hogareñas y lúdicas, y nos permite arriesgar una explicación para el surgimiento de imaginativos castigos: *la cámara de vigilancia* y *los programas informáticos de vigilancia* bien podrían ser los moldes en los cuales se vacían ahora formas anteriores de control, transformando al castigado en «efecto de iluminación» y «sujeto de la informatización» a la vez. El escarnecido en la cárcel también puede penar en privado: ya hay reos de delitos leves que cumplen sentencias en sus hogares y a quienes se les permite una variedad judicial de la bigamia: unas esposas en la muñeca con chip *ad hoc* informan a la comisaría más próxima si el reo pretende huir de la dulce celda. El nuevo modelo de vigilancia afecta de lo micro a lo máximo: también al hijo del príncipe de Gales se le ha incorporado un chip que informa a los custodios su derrotero por el exclusivo colegio de Eton, Eléctricas compañías.

La epidemia

La emergencia de la cultura informática condujo tanto a la renovación del parque electrodoméstico como a la contaminación electrónica. La ley es inescindible de la trampa: una tecla puede ser presionada por un escolar, una secretaria ejecutiva, un delincuente de guante blanco o un anarquista. Pero robar no es lo mismo que hacer daño: donde el virus pasa no vuelven a reordenarse los datos. Escombros numérico, caos informacional, aniquilamiento de circuitos y archivos. El uso de saberes informáticos con objetivos *no-productivos* o *inmorales* picotea tanto sobre la confiabilidad del capital informacional como sobre la confidencialidad de los datos íntimos. De esos raros delitos nuevos los virus se manifiestan como el rival más incógnito y temible. La persecución judicial pretende resguardar bienes, pero soterradamente impone codificaciones sobre lo normal y lo patológico. Máquina «contaminada», datos «limpios», programa «infectado», virus «benigno», «contagio» informático: el matrimonio entre la informática y la legalidad biologicista procrea bastardías viciosas o inmunodependientes.

¿Pero en cuál catálogo de venenos incluirlos? Para el ideal de «normalidad informacional» de fin de milenio, esta ponzoña parece recorrer las redes informáticas como el asesino serial una ciudad, el saboteador las instalaciones fabriles, el rumor insidioso al vecindario, el delincuente a los movimientos migratorios y el mosquito al sueño. Aquí no cabe hablar, como supone la mentalidad tecnodarwiniana, de un Estado

Mayor Nihilista que ya habría aventado tres «generaciones de virus» en los vacíos interelectrónicos. Se trata, antes, de una práctica social colectiva y anónima, efecto de la popularización de saberes técnicos y de la propia cultura informática y que ya cuenta en el haber con 6.000 virus de probeta, sin contar algunas decenas de manufactura nacional (uno de los últimos es *Menem toc-toc*, que, después de anunciarse, destruye todo). Comenzaron a circular hacia 1981, parasitando la floreciente industria de las computadoras personales y sofisticándose de ahí en más. También obligaron a diferenciar una amplia gama de «actores» (*hackers*, programas antivirus, empresas de «limpieza» informática, literatura especializada, ficción literaria y cinematográfica, especialización judicial y departamentos policiales reciclados). Si bien el robo es esencialmente una actividad que se realiza de incógnito, existen antecedentes legales sobre las modalidades populares de la resistencia política anónima: de la carta de amenaza a los nobles ingleses que condujo en el siglo XVIII la creación del «delito de anonimato» a la prohibición de los grafitis callejeros dirigidos contra los órdenes políticos de las dos últimas décadas.

El límite nítido que se pretende imponer entre lo que debe ser aceptado como normal y lo que debe ser rechazado como patológico en una sociedad informatizada intenta remozar el modo binario: bueno y malo, conducta correcta y práctica pecaminosa. Pero a pesar de la novedad cultural que trae aparejada la extensión de las nuevas tecnologías de la información, la pugna por controlar los usos de las redes informáticas, la tipificación de delitos en un ámbito que les era extraño así como el intento de colocar el sambenito de «patología» a ciertas «comunidades informáticas» es, en verdad, un asunto muy antiguo. Puede entenderse como el desplazamiento de delimitaciones que en su momento fueron establecidas por la anatema eclesiástica, el pecado de blasfemia, las bulas papales sobre proposiciones heréticas, la persecución a las disidencias políticas en la modernidad, así como al boicot, al sabotaje obrero y al bandolerismo popular. Controlar el tráfico de discursos y opiniones sigue siendo el más viejo oficio del mundo. No obstante, es preciso analizar las relaciones que se establecen actualmente entre *desviación* conductual y *segregación* de la comunidad, y entre rechazo al dogma político triunfante y exclusión de palabra y cuerpo. Serán eufemismos, pero implican tecnologías específicas de control y castigo.

Las metáforas organicistas y patologicistas que abundan en el lenguaje circulante sobre la piratería informática y sobre la acción de los virus tienen antecedentes en cierta sociología biologicista relacionada a la expansión del sida y de la droga en la década pasada. Pero hay un precedente argentino insoslayable: las metáforas utilizadas por la dictadura militar en los años 70 y 80 (*el cuerpo social de la nación está siendo invadido por ideologías foráneas y es preciso que el ejército, reserva moral del país, corte por lo sano...*). En Argentina aún está por

investigarse el desplazamiento de estas metáforas desde el discurso antissubversivo hacia el de los narcóticos y las prácticas sexuales. Pero también en los debates periodísticos y académicos tanto como en los proyectos de ley presentados en los parlamentos del así llamado Primer Mundo y que proclaman la necesidad de restringir la circulación de información por Internet se muestra el desplazamiento de los temas irresueltos de la tribu humana hacia otro espacio social técnico: sexo, disidencia radical, alquimia corporal.

Luddismo de punta

La humorada, rasgo típico en las marcas registradas de los virus, es otro de los dones populares a tener en cuenta. Nombres tremebundos (*Frankenstein*), avisos corteses de la subsiguiente destrucción, modos de proceder enervantes (*la pelotita*), vindicaciones irónicas del arte (*Michelangelo*), referencias paródicas a la cultura de masas (*Xuxa*, *Freud*), autorreferencia subversiva (*Maten a Bill Gates*). También la antipolítica suscitó en los '80 y '90 este tipo de contrapesos en la política estudiantil y en la gráfica contracultural callejera de la Argentina: «Desorden e injusticia», «Curly presidente», «Vote a nadie», «Bienvenidos al circo», «Partido por el medio»). Si el accionar del virus es irreverente es porque su programa autorreproductor parodia grotescamente la corrección política obligatoria de la época neoliberal. La abundancia de referencias a películas de terror y a famosos criminales de los mass media en los nombres de los virus brinda una pista sobre los diseñadores: son las huellas que ha dejado en ellos la cultura televisiva de trasnoche y el cine de clase B, a su vez reversos detriticos de los buenos modales de la televisión oficial. Lo que la «cargada y la broma pesada» son –azarosamente– a la guía telefónica, lo es la introducción del virus entre los usuarios *on-line*. Sólo que aquí el eco de la risotada lo escucha la máquina. La intencionalidad de los diseñadores de virus recorre el abanico de los usos «problemáticos» del lenguaje popular: *del sarcasmo a la blasfemia*. Fórmulas del lenguaje que buscan hacer la noche en uno de los ojos de la górgona del futuro. La capacidad demostrada por ciertas modalidades del lenguaje para contradecir el mundo podría ser una astucia de la memoria histórica para desbaratar las ilusiones infundadas de una actualidad prepotente que anticipa su maqueta de futuro. En el *fiat lux* original quizás se haya planeado su recusación lingüística a fin de renovar la creación. Meister Eckhart, mucho tiempo atrás, había sugerido que incluso «*quien ofende a Dios, le alaba*». No menos dotado para la fe, Mijail Bakunin señaló en el siglo pasado a Eva como primera Emancipatriz.

Si el accionar del virus es irreverente, ello es porque su programa autorreproductor parodia grotescamente la corrección política obligatoria de la época neoliberal.

Un virus no amenaza únicamente la PC; asola toda la ciudad. Los cimientos de nuestras tecnópolis son aéreos: entre la tierra y el cielo hay menos hollín que cables. Y aunque aún estamos lejos de haber abandonado del todo la naturaleza y el paseo urbano, la cultura informacional se les superpone del mismo modo que en el siglo pasado el cosmos urbano se implantó sobre la experiencia rural. El virus es a la ciudad teleinformática lo que el agente secreto al territorio enemigo, el torpedo a la flota distraída, el polizón al transatlántico, el pirata aéreo al pasaje del avión, el yuyo al jardín: ¡qué familia de víboras!. La voraz lombriz solitaria de los intestinos informáticos está anunciando el desplazamiento del partisanismo político y del atentado ideológico hacia el terreno que el rival mismo ha alambrado. Por eso mismo los entusiastas de los «unabombers informacionales» deberían hacer carne lo que toda agencia secreta estatal sabe: que la «estrategia de los alfilerazos» es inefectiva en última instancia. La virulencia política admite únicamente triunfos pírricos: se puede fastidiar a un enemigo poderoso, incluso desgastarlo, pero no vencerlo en el terreno que mejor conoce y controla. El sabotaje no es la política del fuerte, sino actividad esporádica de las retaguardias. Y a los saboteadores informáticos les ocurre lo que a los espías en tiempos de guerra: al nudo de la horca corresponden condenas a largas reclusiones en presidio.

Las prácticas sociales involucradas en la circulación de los virus tienen sus simétricos sosías en los años 80: la cultura de los fanzines, los últimos *zamizdats* en Europa oriental, las radios piratas, los manifiestos de las «minorías ideológicas» –la criminología las llama *minorías de riesgo*–, las propuestas de uso alternativo de la tecnología: pero ésta es también la vieja historia del líbello filosófico-político desde los enciclopedistas a la actualidad tanto como la de la «propaganda por el hecho» de los anarcoterroristas y de la interferencia radial de los *maquis antinazis*. Mejor sería que los buscadores de la clave de ingreso a una sociedad libertaria apliquen energías y ganzúas a las mentes de los que están siendo presa fácil de las avanzadillas de la nueva fe: economía tecnocrática, políticas públicas de índole exclusivamente estadística, medio ambiente artificializado, pensamiento débil, euforia triunfante. El desafío para una política que gusta reconocerse en la tradición socialista no consiste tanto en humanizar al autómatas o en averiarlo sino en radiografiar el serpentario informático. El desconcierto actual del pensamiento es provocado por la erección de una plataforma giratoria de índole técnica que *emplaza a los humanos a no imaginar ninguna otra política, ninguna otra economía, ninguna otra fe fuera de los límites del emplazamiento*. Las barandillas del abismo nunca han atraído más que a curiosos y alucinados, Si el futuro –como se lo pronosticaba en los años 60– pertenece a Acuario, entonces procederá por el agua. Si será por abordaje, por naufragio o por diluvio no lo sabemos, pero la rama de olivo está aún en la tierra más lejana.

Por una coincidencia feroz de los años 80, el hombre más rico de América, Bill Gates, de Microsoft, y el más informado, Robert Gates, de la CIA, compartían algo más que la onomastía: la confianza en el dólar, contante y sonante en un caso y digital en el otro. *Gates*: «puertas», cuyas distintas cerraduras no esconden secretos para servicios de inteligencia o para programadores inteligentes. Distinto era el modo en que Crates –llamado «el abrepuertas»– destapaba las compuertas de la mente en la mítica e irreal Atenas. Aquí conviene traer a la memoria –por amor a los vencidos– a aquel otro Bill Gates, jefe de la Brigada George Washington, formada por voluntarios internacionalistas norteamericanos para la guerra civil española. Frente y dorso de estas «puertas» no son meras palabras cruzadas; pues *nombrar* a los hombres no consiste solamente en inscribir sus apellidos en un «sociales» del historicismo sino en aprender a cruzar destinos y en ofrendarse uno mismo en la estela de un recuerdo.

Por su parte, los eufóricos de siempre quieren creer que los virus son un efecto fastidioso aunque inevitable del período heroico del salto tecnológico, tanto como la ley tuvo que tolerar a pistoleros y linchamientos antes de hacerse fuerte en el *Far West*. El entusiasta supone que la evolución de la robótica, la hogarótica, la burótica y demás inteligencias artificiales acabará por controlar la epidemia, pero hasta el momento las únicas inteligencias perfectas en las que puede confiarse son los misiles trazadores y las cabezas sobre las que caen; y aún, a uno corresponde el fuego antiaéreo y a la otra el acto fallido. Sugerentemente, el capital informático parece estar más interesado en reducir el espectro de la epidemia viral que en acabar con el delito informático. Se entiende: los hombres de la bolsa de comercio comparten con el «capital negro» la frontera por la cual disputan, mientras que el nihilismo virósico desprecia el intercambio de rehenes. El luddita o el ocioso siempre serán más repugnantes a la ideología laboralista del capital que aquel que promueve comercios deshonestos o incluso prohibidos.

Cuando las metáforas –no tan metafóricas– de orden quirúrgico se muestran ineficaces, la terapéutica policial termina por agravar la enfermedad: impotentes ante los desconocidos sembradores de venenos, las fiscalías están llevando a juicio no a esquivos *hackers* sino a los diseñadores de virus que pueden atrapar, quienes, en lo suyo, se parecen a artistas. Ya ha sucedido en la flemática Albión. Pero esto mismo anuncia una transformación radical en la filosofía del derecho con relación al acto delictivo. Más brutos, algunos científicos pretenden extirpar un tal «cromosoma Y adicional», supuesto responsable genético del delito. Con ese criterio también podrían remontar el árbol genealógico del criminal y agarrárselas con el abuelito, si el semental originario aún estuviera vivo. ¿Por qué se diseñan virus y por qué se los hace circular? Desde la vanidad del programador especializado a la intencionalidad política del ácrata, el abanico causal puede abrirse en 360 grados. Más evidente es la

intención del discurso patologizador puesto en boca de instituciones policiales, periodísticas y gubernamentales: publicitan la ciudad informática del futuro habitada por una ciudadanía bonachona, más o menos pudiente y muy moderna. Por su parte, la tecnofobia o, de hecho, cualquier contravención al decreto de modernización total de la nación, recibe el diagnóstico de *patología patética*. Pero el eufórico de las tecnologías no se parece tanto a un profeta como a un histriónico: su audiencia –como él mismo– gusta de las mascaradas. Quien descrea de la bonanza fácil, por su parte, no es un «apocalíptico» –como supone tontamente el integrista– sino un desenmascarador.

A imagen y semejanza

Quizás el cuerpo individualizado, corregido y domesticado de la sociedad panóptica esté siendo reemplazado aceleradamente por el *cuerpo colectivo* (o «colectivizado») de la sociedad informacional. En buena parte de las culturas tribales «primitivas», el cuerpo opera no como una singularidad aislable sino como un mediador de la totalidad cósmica. Se trata de un cuerpo comunitario, en un sentido distinto al nuestro. El trance, el baile, la fiesta y el sacrificio son otras tantas actividades que permiten la religazón de cuerpo y cosmos. Más tarde, en la época burguesa, el cuerpo era un ente aislante sostenido en un «yo», suerte de estado mayor del organismo que dominaba un panorama externo. Pero en nuestra época las funciones vitales de un cuerpo no se sostienen tanto en la anatomía autárquica cuanto en sus extensiones mediáticas. El cómitre que ahora impone el ritmo no necesita de cuerpos reunidos sino de cuerpos interconectados. Aquí los *interruptores* de la conexión colectiva ya no son la «conciencia de sí» o el zaguán de la casa sino los separadores publicitarios y los virus informáticos. Quién sabe si en los barrios «vigilados» de nuestras clases medias el «miedo físico» –mal de la urbe moderna transitada– no es suscitado ahora por las pantallas: las películas del género «gore», los policiales eróticos grandguñolescos, la publicidad victimizadora de sidosos y drogadictos, el «media coverage» de matanzas públicas o privadas bien pueden haber sembrado el terror sobre el cuerpo de los usuarios de PCs de modo que se les frunza el corazón cuando el virus llama en las pantallas.

En verdad, una serie de innovaciones sofisticadas hacen hoy al cuerpo a imagen y semejanza de las posibilidades que la tecnología ofrece. Desde la cirugía médica teledirigida a distancia, a la microcirugía por medio de «nanotecnologías» pasando por la estetización quirúrgica del envoltorio humano, todas son «mejoras» que evidencian –en una práctica específica un salto evolutivo en *la historia de la asepsia urbana*. Todo debe ser limpio en la ciudad publicitaria del reino audiovisual: se quiere abolir el «ruido» de la comunicación, las grasas de la carne humana, al feo y carente de *credit card* de la publicidad televisiva, el pesimismo cultural de las intervenciones intelectuales, los datos «basura» de Internet, el aura

espectral de los cementerios, la furia humana de la historia; y todo confluye hasta dejar acharolada la imagen de lo humano. Excrementos, hedor y mugre no están bien vistos en una cultura post-orgánica. Quizás el virus sea la roña de las redes. Nos recuerda que somos humanos, que transmitimos nuestra peste incluso a las máquinas.

Quizás todo se deba a que la ciudad moderna, la de nuestro siglo, funcionalizada a escala global, acabó siendo una máquina fallida. ¿Es la red de computadoras, entonces, la nueva *máquina total*, el movimiento perpetuo autoengendrado? Automata, tren, avión, robot, televisión, nave espacial, habrían sido apenas prototipos defectuosos de la espiritualidad tecnológica. Pero quizás no, quizás las computadoras sean meramente «estaciones de servicio» para lo que Lewis Mumford denominó *megamáquina*, que era menos un gigantesco *gadget* que un emplazamiento mental y una espiritualidad de baja estofa. Al interior de la megamáquina la experiencia perceptiva humana se cumple en espacios, tiempos y territorialidades inéditas; pero la percepción des-corporizada promovida por todos los medios en la ciudad informatizada no debe ser contrapuesta a lo «apocalíptico-hippie» sino a la sensorialidad conversacional y orgánica, tanto como el «espectáculo» no es necesariamente el enemigo de la cultura letrada sino de la autocelebración de la comunidad. Por su parte, el «populismo informacional» que corresponde a la ciudad informática ha sido, hasta el momento, poco contestado.

Cabe sospechar que la innovación tecnológica sumada a un acrítico entusiasmo puede conducir a una deriva social impensada: ocurre cuando se renueva el «parque tecnológico» de una nación pero se soslayan o combaten presupuestos culturales y sensibilidades perceptivas no informadas por el emplazamiento técnico del mundo. A esa alianza de hierro podemos llamar *futurismo conservador*.

Los *interruptores* de la conexión colectiva ya no son la «conciencia de sí» o el zaguán de la casa sino los separadores publicitarios y los virus informáticos.

Tinta, agua, electricidad

Lamentablemente, está ausente todavía la reflexión artística que pueda dar cuenta de la cultura técnico-informacional. Cien años atrás, el futurismo italiano se hizo cargo de las nuevas velocidades tecnológicas de principios de siglo (aeroplanos, transatlánticos, trenes); acaso el dadaísmo y el cubismo hayan pensado la desorganización del espacio-tiempo causada por el vuelo a motor y la física relativista; acaso en un primer momento el rock se impregnó de la polución sonora de la ciudad industrial tardía y pudo pensar el «ruido» musical; acaso la ciencia ficción, en especial la variante conocida como «cyberpunk», se ha hecho cargo

de las mutilaciones y las presiones que el cuerpo sufre en una sociedad altamente tecnificada. Y, en fin, acaso los diseñadores de virus y los *hackers* se hacen cargo de la frustración política en un mundo irredento mediante la circulación de venérea informacional que enchanca al triunfador.

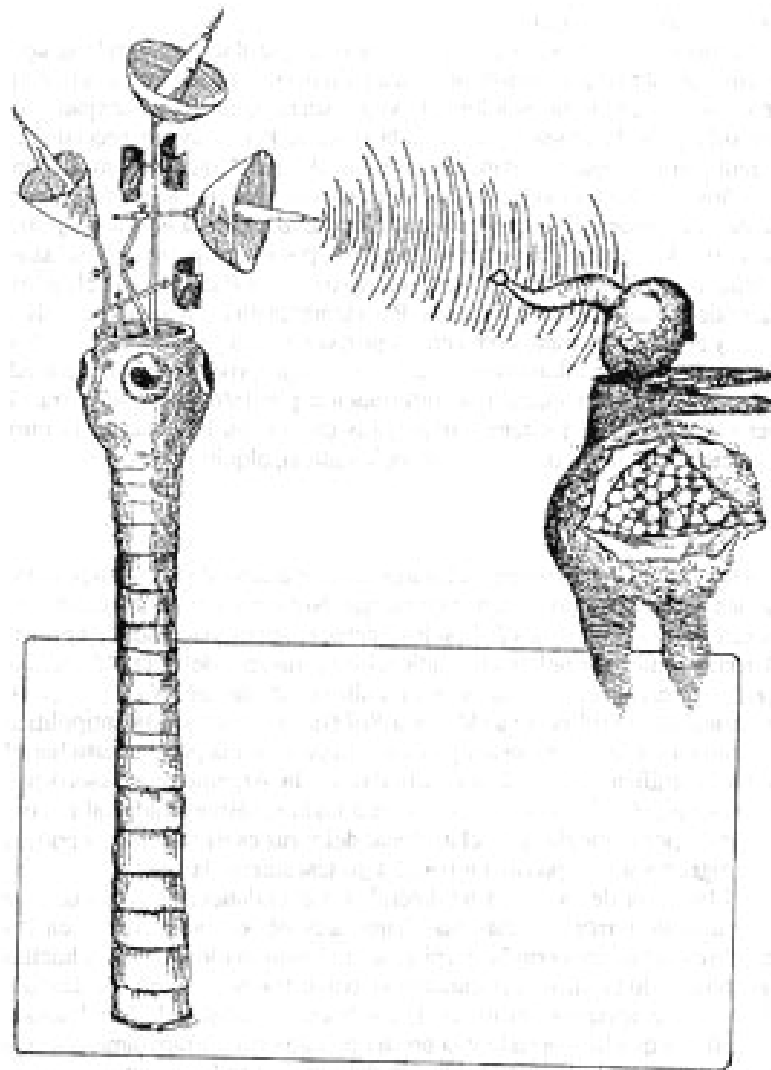
Falta también una reflexión sobre la escritura en la época de los teclados de computadora. En un mundo donde los adolescentes prefieren «clicar» la pantalla con su *mouse* antes que redactar sobre el vidrio, la experiencia de la escritura vacila sobre su destino. Algunos sostienen que el texto en la pantalla garantiza la continuidad de la cultura letrada en otro soporte. La nutrición del texto informático es la electricidad, la de la pluma era la tinta: las articulaciones de la mano que dibuja ideogramas con un pincel o que mueve la pluma no son equivalentes a los circuitos que hacen levitar una tipografía estándar en la pantalla. Pluma, tipo, buril, cavan en la materia aunque nadie sabe todavía dónde hienden; pero el virus que destroza el texto de las pantallas o vandaliza los archivos no se ensaña con alfabeto y escritura sino con un código binario, *con los caracteres numéricos del universo informático*. Pues la caligrafía del texto vidrioso no está confeccionada con palotes, sino con *bits*. Un manchón puede borrar parte de un manuscrito, un hongo puede fagocitar los vértices de un libro, una cinta demasiado entintada puede ensuciar la hoja de papel. Nada que no pueda remediarse. Pero un buen virus puede transformar al hipertexto en papel picado.

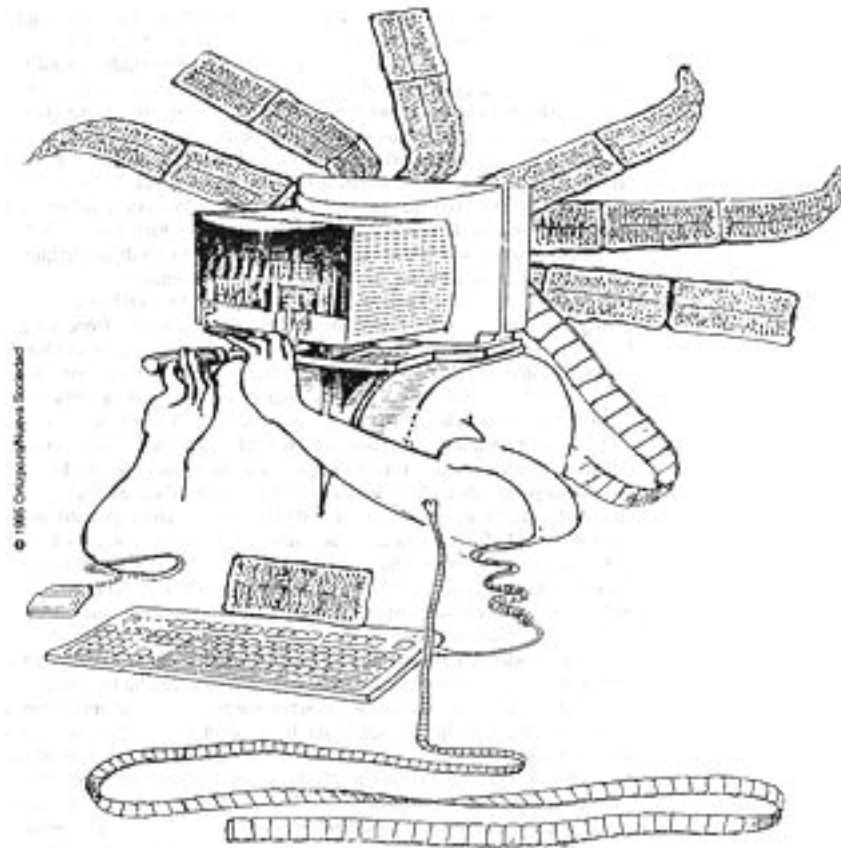
En la tierra se camina, pero en las redes informáticas se «navega», como gustan decir los usuarios. La historia de la navegación es tan antigua como el atlas del desplazamiento humano por el mundo: la vela, el remo, el galeote, el astrolabio, la búsqueda de las especies o del paso del noroeste fluyen en la historia de los mares. El faro en la costa advertía al vigía en su «nido de cuervo» la medida del riesgo asumido, pues todo hombre de mar sabía que su último puerto podía ser un cementerio marino. Pero la «navegación» informática es un viaje del cual se vuelve indemne. «Surfear» expresa mejor la experiencia informática: juego de playa, se hace pie, crucero feliz, guardavidas con copia de seguridad. Y aunque el virus informático corresponde en alguna medida al «monstruo marino» de los medievales así como el *hacker* al bucanero, el uno no es un dragón y el otro es aún incapaz de arrojarnos por la planchada de la borda.

William Gibson, el autor «cyberpunk» de la novela *Neuromante* (1984) en la cual se usa por primera vez la palabra «ciberespacio» –acuñación conceptual anticipatoria de Internet y demás redes, ha hecho una de las más significativas reflexiones sobre el destino de la escritura. Intentó una vuelta de tuerca sobre la larga historia del libro y a la vez ofreció una aguda comprensión del declinar de la memoria histórica de los humanos. Se trata del autosabotaje de una edición de sólo 95 ejemplares de una

obra escrita por Gibson, *Agrippa. A book of the dead*, que consiste de un texto grabado en un disquete, en el cual varios diseñadores cuyos nombres no han sido dados a conocer encriptaron un virus que impide leer la historia dos veces o siquiera imprimirla. Cuando el disquete es introducido en la computadora se puede hacer una primera lectura del texto que será también la última, pues el virus va destruyendo los datos grabados a medida que la lectura avanza. Previo al disquete hay unas cincuenta páginas de texto impreso en una vieja «Minerva», y el disquete mismo está inserto en un nicho «cavado» en la gruesa tapa que lo contiene todo, a su vez forrada con «tela» de chaleco antibalas. Parte de esas páginas están ocupadas con largas secuencias del código genético de una persona viva; en otras páginas se incluyen dibujos de material genético humano burilados sobre lámina de cobre. Algunos de estos dibujos tienen sobreimpresa propaganda de principios de siglo de teléfonos y cámaras de fotografía, con una tinta especial que se borra ante el más leve roce de los dedos. Las chapas usadas para imprimir el libro han sido destruidas a fin de impedir una nueva edición. El texto de Gibson en el disquete consiste de un poema en prosa acerca de la fragilidad de la memoria humana. ¿Qué otra cosa es la escritura sino un ensayo incesante para encontrar la fórmula mágica con que la creación fue soplada? Y ese soplo es un fantasma harapiento que todavía levita sobre el mundo, pero que nunca se ha detenido específicamente en los inevitables «soportes» técnicos de cualquier época sino en plegarias y en brindis: correos entre ancestros y mortales más seguros que la propia Internet. Así, el virus en el libro de William Gibson oficia a modo de augur: nos purga del exceso de información y de palabras huecas y nos devuelve al asombro elocuente del Ser.

Las redes cableadas han asumido la ondulante silueta de las víboras. Así preanunciaron al veneno informático. Los mitos asociados a la serpiente son antiguos: el drama del génesis promovió no pocas discusiones en el cristianismo primitivo, desde los gnósticos «ofitas» al concilio que terminó estableciendo el texto de modo dogmático. Pero la pobre serpiente ha sido mal interpretada: es sabido que en el paraíso ella se desplazaba sobre sus pies y no es claro que dispusiera de veneno en el paladar. La casualidad quiso, tal vez, que ella y Eva se encontraran en las inmediaciones de un árbol fatídico. La serpiente acompañó a Eva y Adán al exilio y se le dijo *habrá enemistad entre tu raza y la descendencia de la mujer*. Es en el reino de la necesidad, entonces, donde aparece el veneno y no antes: por eso no hay redención en un futuro «evolutivo» sino en la memoria de la pérdida del paraíso, pues una utopía de electrodomésticos inteligentes no equivale al perdón de todos los pecados de todas las épocas. Y mientras exista el hambre, la opresión y la injusticia seguirá la vieja enemistad, aunque el neoconservadurismo futurista la desplace hacia nuevos espacios inmateriales: ¿en qué otra cosa nos hace pensar la lengua de la serpiente?





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista